

gosa, cruzada por una porcion de arroyuelos, y circundada de alturas por las cuales se elevaba serpenteando el camino real para descender por su falda a la villa de Zambugeiro. El 17 por la mañana, el ejército inglés iba siguiendo á la division Delaborde, cuya fuerza no llegaba á tres mil soldados, á través de las llanuras de Rolica. Los ingleses marchaban lentamente y compactos en persecucion de los franceses, los cuales se mostraban resueltos y sin manifestar la menor intimidacion por su inferioridad numérica, á pesar de que eran uno contra cinco, ó sea tres mil hombres escasos contra catorce ó quince mil. El general Delaborde creyó que no le convenia empeñarse en defender á Rolica que está situado en medio de la llanura, porque aun cuando lo hubiera conseguido, no podria menos de verse envuelto bien pronto, y reducido para no caer prisionero de los ingleses á salir con precipitacion y en desorden. Prefiriendo, por tanto, retirarse á uno de los extremos de la llanura sobre las eminencias por donde trepa el camino que va á desembocar á Zambugeiro, se situó efectivamente en la cima de las colinas por donde atraviesa el camino, y se decidió á esperar allí con resolucion á los ingleses. Estos continuaban avanzando con sus tropas dispuestas por el siguiente orden. Marchaba á la cabeza la brigada Nightingale sobre una sola linea, apoyada por las brigadas Hill y Tane en columna cerrada, mientras que la brigada Crawford iba haciendo un rodeo por la izquierda para sorprender á los franceses, y el destacamento portugués por la derecha á fin de cortarles la retirada hácia Zambugeiro.

El general Delaborde aguardó á que los ingle-

ses se intrincasen en los barrancos llenos de arrañanes, estepas y otra porcion de crecidos arbustos de los que tan vigorosamente vegetan en los países meridionales, y escogió para atacarlos el momento en que mas entorpecidos se encontrasen por los obstáculos del terreno. Entonces mandó tirar primeramente sobre ellos á sus cazadores esparcidos en guerrillas, y ordenó en seguida á sus batallones que los cargaran á la bayoneta, y que los obligaran á replegarse hácia el pie de la colina. Renovando diferentes veces esta maniobra, consiguió que el enemigo perdiese mil trescientos ó mil quinientos hombres en ella entre muertos y heridos, y sosteniendo este género de combate por espacio de mas de cuatro horas, maniobrando siempre con una pericia y una precision extraordinarias, y destruyendo doble ó triple gente que la que perdía, no emprendió la retirada hasta que consideró que ya podian hallarse cerca las columnas que marchaban á derecha é izquierda con objeto de cortarle el paso por Zambugeiro. Algunos destacamentos enemigos trataron de detener su marcha; pero arrollándolos á todos, llegó á la mencionada villa conduciendo entre sus tropas unos quinientos ó sei-cientos hombres fuera de combate, abandonando únicamente los muertos, y dejando en el corazon del enemigo una terrible impresion acerca de la pujanza de las tropas francesas bien conducidas, cuya reunion general debia inspirarles los mas graves temores, vista la vigorosa resistencia que habian opuesto tres mil hombres escasos.

El general Delaborde se dirigió acto continuo á Torres-Vedras, en cuyo punto debian concen-

trarse el general Loison, procedente de Abrantes, y el general Junot, que venia desde Lisboa.

Sir Arturo Wellesley aprendió en este combate, ó se convenció, mas bien, por esperiencia propia de una cosa que sabia ya de antemano: es decir, de que, teniendo que habérselas con un enemigo muy difícil de vencer, era preciso ir avanzando con una circunspeccion estremada. A esta sazón acababa de distinguirse en la mar un convoy numeroso cargado de nuevas tropas. Eran las brigadas Anstruther y Ackland, embarcadas recientemente, y á las cuales seguia muy de cerca el cuerpo de ejército de John Moore. Estas dos brigadas le traian un refuerzo de cinco mil hombres al menos, y no venia con ellas el general en jefe sir Hew Dalrymple, lo cual le proporcionaba la doble ventaja de aumentar sus tropas y de poder obrar con independenciam. En esta atención resolvió aproximarse al mar por Lurinha para recoger los soldados de Anstruther y Ackland, y al efecto fué á situarse sobre las alturas de Vimeiro, las cuales dominan un muelle excelente para los desembarcos. La brigada Anstruther se reunió con sir Arturo Wellesley el 19 por la tarde, y la de Ackland el 20. De manera, que descontando los muertos y los heridos de Rolica, ascendia el número de sus tropas con este refuerzo á unos diez y ocho mil hombres.

Asi que el general Junot tuvo noticia de la aproximacion de los ingleses, apresuróse á salir de Lisboa con toda la fuerza que tenia disponible, y se dirigió á Torres-Vedras, donde acababa de llegar tambien el general Loison. Por conservar guarnecidos una porción de puntos, despues de

haber evacuado otra porción de ellos, y por tratar de reprimir las insurrecciones principales, despues de haber hecho poco caso de las secundarias, el general Junot apenas podia ya reunir unos nueve mil y tantos hombres, idóneos para el combate. Preciso era, pues, pelear con la insensible infantería inglesa que mandaba sir Arturo Wellesley, en la proporción de uno contra dos. La superioridad de nuestra caballería debia servir muy poco en las posiciones que iban á escogerse para campo de batalla. Con todo, nueve mil franceses, guiados, como lo habian sido los tres mil del general Delaborde, aun podian, defendiendo bien las posiciones que están delante de Lisboa, hacer frente á diez y ocho mil ingleses, y reducirlos á la imposibilidad de conquistar la capital de Portugal, con tal de que se supiese escoger el terreno tan hábilmente como en Rolica.

Los ingleses tenian que atravesar el promontorio que forma la derecha del Tajo, y sobre cuyo reverso está asentada la ciudad de Lisboa. Este promontorio tiene unos angostos desfiladeros, que era preciso atravesar para dirigirse á aquella córte, y en los cuales hubiera podido hacerse trizas á los ingleses, si dejándoles que tomasen la ofensiva, se hubiera dado lugar á que penetrasen en ellos. Impelido Junot por su ardor excesivo, y no queriendo esperarlos en una posición, desde la que tan fácil ó tan posible al menos, era el derrotarlos, resolvió ir en su busca á las que ellos habian escogido, con el objeto de desalojarlos de ellas y obligarles á que se volbiesen al mar. El 20 por la tarde llegó al frente de las alturas de Vimeiro.

La situación de sir Arturo Wellesley en estas

posiciones hubiera sido por cierto en extremo crítica, si se le hubiese atacado bien y con fuerzas suficientes, mediante á que ocupaba unas alturas, cuya falda estaba cortada perpendicularmente sobre la mar. Una vez forzado en ellas, podia ser precipitado en las ondas antes de tener tiempo de embarcarse. Hallábase, pues, entre una victoria y un desastroso descalabro. Pero como tenia diez y ocho mil hombres y una numerosa artillería; como las posiciones eran de muy difícil acceso; como sabia, en virtud de diversos partes, que tenia que habérselas con un enemigo que contaba la mitad de fuerzas menos que las suyas, y como estaba, en fin, dotado de una firmeza de carácter que igualaba á la de sus soldados, no concibió duda ni temor alguno acerca del éxito. La cadena de alturas que ocupaban sus tropas, estaba dividida por un barranco que servia de cauce al pequeño rio de Maceira, y en uno de cuyos extremos se halla situada la villa de Vimeiro. Pero sir Arturo Wellesley tenia medios de comunicacion suficientes para pasar de unas á otras alturas. Sobre el grupo de las que estaban situadas á su derecha tenia cuatro brigadas, y dos sobre las de su izquierda. Su infantería, colocada en tres líneas y con una artillería formidable en los intervalos, ofrecia el aspecto de tres grandes escalones de soldados, dominándose y reforzándose los unos á los otros.

Si esta posicion, cuya fortaleza era innegable, hubiese sido reconocida de antemano, los franceses no hubieran podido menos de, ó renunciar al proyecto de tomarla, ó intentarlo atacándola por un solo flanco con todas sus fuerzas reunidas. Solo así

y logrando destrozar una parte de los ingleses, era posible conseguir sobre ellos un completo triunfo, y precipitarlos por el abismo en cuyos bordes se habian parapetado. Pero llegó la madrugada del 21 sin que se hubiesen tomado por nuestra parte las precauciones convenientes, y sin que nuestras tropas se hubieran tomado siquiera el trabajo de ocultar sus movimientos al enemigo. Habiéndose apercibido el general Junot de que la izquierda de los ingleses era el ala que se ballaba peor defendida, ordenó un movimiento de izquierda á derecha para cargar en mayor número sobre este flanco, movimiento que, habiendo sido notado por sir Arturo Wellesley desde las alturas que ocupaba, se apresuró éste á imitar, á fin de equilibrar sus fuerzas, ejecutándolo con mucha mas rapidez que su adversario, mediante á que como no tenia que describir una curva, tampoco necesitaba tanto tiempo para llevar sus tropas de una ala á otra.

Mientras que el ala derecha de nuestro ejército ejecutaba la mencionada maniobra, el resto de él se dirigió por la izquierda contra Vimeiro, que formaba el ala derecha de los ingleses y era su flanco mejor defendido. La brigada Thomiere, perteneciente á la division Delaborde avanzó hácia el enemigo de una manera resuelta. El bizarro general Delaborde dirigió este ataque con un vigor extraordinario; pero el terreno, que no habia sido escogido por él como en Rolica, presentaba obstáculos casi insuperables. Era preciso, pues, además de trepar á la posicion por un sitio escarpado arrostrar el fuego de dos líneas de infantería, y de una artillería tan temible por su número como por lo grueso de su calibre, y despues de todo esto,

contemplar sin decaimiento de ánimo una tercera línea, formada por la brigada Hill, que coronaba las alturas en retaguardia. Los franceses se lanzaron con la mayor bravura, espuestos primero á los disparos de metralla, y luego á las descargas de fusilería, continuadas y perfectamente dirigidas por los ingleses; mas no pudieron llegar ni siquiera hasta sus líneas. Al verlos detenidos, el general Kellermann que mandaba la reserva, compuesta de dos regimientos de granaderos sacados de todos los cuerpos, se dirigió al frente de uno de ellos al ataque de la esplanada de Vimieiro. Precedíale una batería de artillería, que intentó varias veces colocarse en posición, pero la cual no pudo conseguirlo, porque el fuego terrible de los ingleses la desmontaba á cada paso. El coronel Foy, fué herido gravemente. Esto no obstante, el general Kellermann se lanzó bizarramente con sus granaderos, y logró trepar hasta la cima de la esplanada; pero, al desembocar en ella, fué recibido con un fuego tan terrible por el frente, por los flancos, y en todas direcciones, que sus bizarros soldados, cayendo los unos sobre los otros sin poder avanzar, fueron rechazados otra vez hasta el pie de la esplanada. Al verlos en este estado, los cuatrocientos dragones que componían el total de la caballería inglesa, quisieron aprovechar su peligrosa situación para darles una carga. Pero el general Margaron, que se hallaba hacia aquel mismo punto con su magnífica caballería, se dirigió á galope contra los dragones ingleses, cayó sobre ellos, y acuchillándolos á su sabor, tomó terrible venganza de los reveses sufridos por nuestra infantería. El segundo regimiento de granaderos avanzó á su vez á atacar al ene-

migo, aunque sin esperanza alguna de tomar la posición. Mientras que esto sucedía en la izquierda, la brigada Solignac, perteneciente á la división Loison, encontraba en la derecha los mismos obstáculos. Por cualquiera parte que intentaba atacar tropezaba con tres líneas de infantería, con una artillería formidable, y con un terreno escarpado, por el cual era casi imposible el trepar, á causa del fuego terrible que acobardaba á nuestras tropas, locamente lanzadas contra una posición desde la que el enemigo combatía con todas sus ventajas, al paso que nosotros carecíamos de todas las nuestras.

Era ya mediodía. Aquel combate empeñado tan desgraciadamente y sin probabilidad alguna de vencer las dificultades que nos oponía, nos había costado ya mil ochocientos hombres, ó sea la quinta parte de nuestras fuerzas. El obstinarse en proseguirlo, hubiera sido esponerse á perder inútilmente el resto del ejército. El general Junot, tomando parecer de sus oficiales mas bizarros, se resignó, pues, á retirarse, verificándolo en buen orden hacia Torres-Vedras, y acuchillando con su caballería á los infantes ó á los ginetes ingleses que tenían el atrevimiento de perseguirnos.

Frustrada la tentativa de obligar á los ingleses á que volvieran á embarcarse, ya no quedaba esperanza alguna de poder mantenerse en Portugal, puesto que reuniendo en Lisboa todas nuestras fuerzas disponibles, escasamente habría unos diez mil hombres en estado de combatir, y era preciso mantener con ellos á raya una población hostil de trescientos mil habitantes, y hacer frente á un ejército inglés, cuyo número iba á aumentarse de

alli á pocos dias hasta completar el total de veinte y ocho ó veinte nueve mil combatientes. El único recurso que habia para salvarse, era el de hacer una retirada atravesando el Norte de Portugal y España por entre poblaciones insurgentes, dejando algunos miles de enfermos en manos de los portugueses, y cubriendo los caminos de muertos y de moribundos. Pero de esta manera hubiérase logrado perder la mitad del ejército, y de consiguiente ambas resoluciones eran imposibles de ejecutar. Entrar en negociaciones por tanto con los ingleses, nacion civilizada que cumplía fielmente sus empeños, era, pues, un partido que el honor no condenaba, sobre todo despues del combate de Rolica y de la batalla de Vimeiro.

En su consecuencia, eligióse al general Kellermann, que á sus grandes talentos militares reunia un despejado ingenio, para mandarlo al cuartel general inglés con la mision de tratar sobre la suerte de los prisioneros y de los heridos. A esta sazón acababa de verificarse un cambio notable en el ejército británico. Sir Hew Dalrymple habia llegado con su gefe de estado mayor para encargarse del mando de las tropas. Sir Arturo Wellesley, afortunado siempre en su brillante carrera, no fué reemplazado sino despues de una brillante victoria, debida especialmente á las faltas del enemigo. Estaba muy lejos, por tanto, de sentir que la campaña no pasase mas adelante, y que le fuese atribuida esclusivamente la conquista de Portugal. Sir Hew Dalrymple y Henri Burrard, por su parte, que no tenian conocimiento del estado de las cosas, y que ignoraban las dificultades que podian quedarles que vencer, se mostraron muy gozosos

en su advenimiento al ver que los franceses se hallaban prontos á entregarles el Portugal y que no tenian que correr ningun riesgo. Si hubiesen apreciado, empero, debidamente la situacion, y calculado las consecuencias que podia reportarles á la llegada del cuerpo de ejército de John Moore, seguramente que su regocijo no hubiera sido tan grande. Habiendo manifestado en una larga conversacion, que tuvieron con el general Kellermann á quien trataron con toda la distincion que merecia, sus disposiciones felices para entrar en negociaciones, el general francés aprovechó la ocasion con mucho tacto, y convino por de pronto con ellos en una suspension de armas, reservando para mas en adelante el tratar de un arreglo definitivo sobre la evacuacion del pais.

El general Kellermann regresó en seguida al cuartel general francés, y así que participó al comandante en gefe y á sus compañeros de armas las buenas disposiciones en que se hallaban los ingleses, convinose unánimemente en que se trataria de la evacuacion del Portugal, con tal de que fuese bajo condiciones honrosas. Kellermann volvió al cuartel general del enemigo, y en él se fijó á Cintra como el punto de reunion para las conferencias. Estas duraron algunos dias, y si bien fueron extraordinariamente corteses en la forma, no por eso dejó de ser animada la discusion en el fondo. Los ingleses se obstinaban en no hacer tantas concesiones sobre el importante punto de la honra militar como los franceses querian, negandose sobre todo á tratar al almirante ruso Sinavin con la consideracion que Junot pedia mas bien por un escrúpulo puntillo que por deber, mediante á que, ha-

biendo aquel podido salvar la causa comun secundando á los franceses, y habiéndola perdido por negarse á ello, no merecia que se aumentasen por él las dificultades de las negociaciones. A pesar de todo, Junot exigia que se dejase marchar libre con su escuadra al almirante ruso hasta los mares del Norte, y amenazaba con llevarlo todo á sangre y fuego y con no entregar á Lisboa sino medio reducida á pavesas, sino se le concedia lo que reclamaba. Felizmente vino á obviar todas estas dificultades el mismo Siniavin, manifestando deseos de negociar por su cuenta, y de no deber nada á la mediacion del ejército francés, del cual conocia sobradobien, sin duda, que no merecia nada. Junot se apresuró á consentir en ello, y descartada que fué la principal dificultad, fácilmente se pusieron de acuerdo sobre los demas puntos.

La capitulacion hecha en Cintra, fué firmada el 30 de agosto. Estipulóse en ella que el ejército francés se retiraria con todos los honores de la guerra, y llevándose cuanto le pertenecia: que seria conducido en buques ingleses á los puertos de Francia mas inmediatos, tales como la Rochela, Lorient y otros; que podria continuar sus servicios inmediatamente; que los enfermos y los heridos serian tratados con el mayor esmero, y trasportados á su vez á Francia, cuando el estado de su salud lo permitiese; y que otro tanto sucederia con las guarniciones de Elvas y Almeida, que quedaban en lo interior del país. Estipulóse ademas que los franceses no llevarian consigo nada que hubiese pertenecido á Portugal, cuya hacienda habian administrado tan lealmente, y en cuyas arcas, que habian encontrado vacías á su arribo, dejaban

veinte y tantos millones de reales. Estipulóse, en fin, que se echaria un velo sobre lo pasado, y que los portugueses que habian abrazado el partido de la Francia, serian respetados en sus personas y bienes.

Este arreglo era tan honroso como se podia desear para el ejército francés, puesto que se salvaba todo entero, y quedaba en aptitud para volver á guerrear á la España. Los ingleses eran incapaces de imitar á los españoles violando la capitulacion de Cintra, como estos lo hicieron con la de Bailen. Efectivamente: reuniendo en la embocadura del Tajo las numerosas flotillas de las cuales habian desembarcado treinta mil ingleses sobre las costas de Portugal, y preparándolas para que llevasen á su bordo los veinte y dos mil franceses que quedaban de los veinte y seis mil que habian entrado con el general Junot, los embarcaron en ellas á principios de setiembre para dejarlos en tierra sobre las costas de la Santoinge y de la Bretaña.

De manera que desde fines de agosto quedó evacuada hasta el Ebro toda la Península, invadida tan facilmente en febrero y marzo. Dos ejércitos franceses habian capitulado; honrosamente el uno, y de una manera humillante el otro: los demas no ocupaban ya mas terreno que el que media desde el Ebro á los Pirineos. De los ciento treinta mil hombres que habian atravesado las fronteras, solo quedaban sesenta mil sobre las armas, aun cuando su número ascendia á ochenta mil, sin contar los veinte y dos mil que iban navegando bajo el pabellon británico para regresar á Francia.

Tal fué la recompensa de una empresa intentada con tropas poco aguerridas y en escaso número, preparada ademas por una política solapada é in-

cua. En un instante perdimos nuestro renombre de lealtad, y el prestigio de invencibles que habíamos adquirido: la Europa estaba autorizada, de consiguiente, para creer por un momento, que el ejército francés había decaído de su superioridad. Esta creencia, sin embargo, hubiera sido errónea, puesto que aquel heroico ejército debía probar aun en cien combates que era siempre el mismo.

Para colmo de confusion, esas ricas colonias españolas, que ocupaban un lugar tan preferente en los inmensos proyectos de Napoleon, se declaraban tambien por todas partes enemigas nuestras. Méjico, el vasto continente del Sur, desde el Perú hasta la embocadura de la Plata, iban sublevándose conforme llegaban á su noticia los acontecimientos de Bayona, abrian sus puertos á los ingleses, y abrazaban con calor la causa de la dinastía prisionera.

De modo que todas las combinaciones de Napoleon fracasaban á un tiempo ante la indignacion justa de una nacion engañada y exasperada. Nada faltaba, empero, para completar el castigo de aquel; absolutamente nada, pues que su hermano mismo, asustado de la tarea que se habia impuesto, y lamentando hondamente la pérdida del tranquilo y pacifico reino de Nápoles, le escribió el 9 de agosto desde las márgenes del Ebro una carta desesperada, la cual fué sin duda alguna para él la mas amarga de las reconvencciones.—Todo el mundo se declara contra mí, le decia, todos sin escepcion. Hasta las clases elevadas, que en un principio se mostraban indecisas, han resuelto, al fin, seguir el movimiento de las clases inferiores. No me queda ya ni un solo español que sea adicto á mi per-

sona. Felipe V no tenia mas que un competidor que vencer; yo tengo que vencer á una nacion entera. Mi papel, como general, seria soportable, porque con un solo destacamento de vuestras tropas aguerridas venceria á los españoles; pero mi papel, como rey, es insostenible, puesto que para someter á mis súbditos, me veo precisado á degollar gran parte de ellos. Renuncio por tanto á reinar sobre un pueblo que no me quiere. Enviadme uno de vuestros ejércitos aguerridos; yo entraré á su cabeza en Madrid, y negociaré con los españoles. Si lo teneis á bien, les devolveré en vuestro nombre á Fernando VII, con la condicion, empero, de retener parte de su territorio hasta el Ebro, porque la Francia victoriosa tendrá derecho á que le paguen su victoria. De este modo obtendrá ella el precio de sus esfuerzos y el de su sangre vertida, y yo volveré á ocupar el trono de Nápoles. El príncipe á quien lo destinais aun no ha tomado posesion de él. Ademas soy vuestro hermano, soy vuestra propia sangre; la justicia y el parentesco exigen que obtenga yo la preferencia, é iré á continuar, en medio de una calma muy conforme á mis inclinaciones, la felicidad de un pueblo que consiente en deberla á mis cuidados.—Tal es la sustancia de lo que José escribia desde las márgenes del Ebro á su hermano Napoleon. Ningun juicio podria ser mas severo ni mas fundado que el que resalta del lenguaje de un rey entregado á la desesperacion, y reducido á reinar mal de su grado en un pueblo insurrecto. Napoleon lo comprendió asi, y demostró por su respuesta, que el lector verá mas adelante, hasta qué punto sintió la dureza involuntaria de este juicio, procedente de su propio hermano.